

GERARDO ISMAEL LUGO BRITO



PLUMAS DE
CUERVO



Ediciones
Alfézar

PLUMAS DE CUERVO

Gerardo Lugo Brito



Ediciones
Alféizar

© 2018

Editado por Ediciones Alféizar

C/ Joan Carles I^o 41

46715 – La Alquería de la Condesa – Valencia – España

Línea de Autoedición

Email: info@edicionesalfeizar.com

Web editorial: www.edicionesalfeizar.com

ISBN-13: 978-84-948248-8-3

Depósito Legal: V-2475-2018

*Para Nayeli,
mi compañera de letras
y mejor amiga.*

*Y para todos aquellos
que siempre creyeron en mí.*

*“Los que sueñan de día son conscientes de muchas cosas
que escapan a los que sueñan sólo de noche.”*

Edgar Allan Poe

*“Sólo tú puedes decidir qué hacer
con el tiempo que se te ha dado.”*

El señor de los anillos – J. R. R. Tolkien

*“Una mente necesita de libros
igual que una espada de una piedra de amolar,
para conservar el filo. Por eso es que leo tanto.”*

Juego de Tronos - George R. R. Martin

*“Las palabras pueden hacer prender
el fuego en la mente de los hombres.*

*Las palabras pueden arrancarles
lágrimas a los corazones más duros.”*

El nombre del viento – Patrick Rothfuss

Índice

La Ciudad de los Árboles	11
Plumas de Cuervo	17
El Príncipe caído	35
El Trino del Diablo	45
La Rebelión de las Bestias	53
El Caballero Gris	59
Sólo un Deseo	69
Diario de un Desconocido	71
El Nacimiento de la Muerte	77
Amor ¿Eterno?	81
Carta de un Alma sin Nombre	85
El Secreto del Pirata	91
De Antares a Sirius	101
Eddy el Medio Vampiro	121
Principio y Fin	131

La Ciudad de los Árboles

*Cada alma en pena es un árbol condenado
a convertirse en ser humano y buscar la luz.”*

La ciudad de los árboles - Mägo de Oz

Despierta con la mañana y los primeros rayos del sol, su plumaje negro como la noche con destellos de azul topacio brilla reflejando la luz, sus alas como dos enormes ramas frondosas que se mueven a voluntad se desperezan y se dejan arrastrar por la suave brisa hacia el cielo infinito donde se autoproclama rey.

Las demás aves le temen y respetan, se apartan al oír su graznido, anunciando su llegada a cualquier lugar al que vaya, le dejan el paso libre, aunque el cielo sea inmenso y les pertenezca tanto como a él.

Surca el cielo y recuerda su antigua vida como guardián de la ciudad. Desde arriba, los árboles extendiéndose hasta donde alcanza la mirada, sus altas copas esmeralda elevándose pidiendo al sol que

las bañe con su luz, y desde el suelo, la espesura de las ramas formando una red, una prisión de madera y hojas que impiden que nada las atraviese desde arriba o desde abajo.

Las flores silvestres creciendo puras y delicadas, perfuman aquella niebla densa que llena la ciudad; los riachuelos naciendo desde las lejanas montañas y atravesando como serpientes sigilosas el oscuro suelo de barro y roca, pagan el impuesto por establecerse allí, alimentando a los señores gobernantes cuyas raíces descansan sumergidas en sus límpidas aguas.

Recuerda también a los hermanos que dejó atrás. El sabio búho con su vista penetrante, siempre vigilante de las acciones de los demás. El zorro con sus enigmáticas palabras y su don para desaparecer como un fantasma, y el lobo, compañero de guardia y encargado de la vigía nocturna, siempre melancólico, aullando y sollozando por su amada luna; mientras él, un cuervo astuto y reservado, se encargaba de la vigía diurna avisando con su estridente voz ante cualquier amenaza.

Vuelve de su ensimismamiento y se perpleja, se siente desfallecer, voló durante horas; aún cree reconocer el paraje que se extiende frente a sus ojos y decide que

es tiempo de volver a su morada, pues empieza a caer la tarde y sabe que esta noche no habrá luna. Entonces escucha una voz que lo llama diciendo: “vuelve a casa”.

Asustado, acelera el vuelo, ignora el agotamiento de sus alas que le imploran descanso y el deseo de regresar, y centra la mirada en el horizonte. No sabe por qué, pero debe continuar. El tiempo se le acaba y debe darse prisa.

Mientras vuela, confuso y desesperado, vuelve a caer presa de sus recuerdos. El juramento que hizo tiempo atrás, de guiar el alma de todo animal y árbol muerto hasta cumplir la condena que le espera, ser convertido en ser humano para buscar la luz y quizá algún día poder regresar a su lugar de origen. Ley dictada en el inicio del tiempo por los antiguos ancianos guardianes, cuando la ciudad no era más que retoños sobre un fértil suelo, y después de ser víctimas de la codicia del hombre, quien trató de poseer todo cuanto observaba y acabó obteniendo nada más que el destierro.

Por desgracia, la ley aplicaba también para los guardianes de la ciudad, entre ellos, el cuervo. Entonces recuerda cómo rompió aquel juramento para seguir su sueño de conocer el mundo que se extendía más allá,

olvidando su condena y huyendo una noche en la que el lobo se quedó dormido en medio de sus interminables lamentos.

Exhausto, avista el lugar al que la voz en su interior lo guía: La ciudad de los árboles, su antiguo hogar, y con la noche pisándole los talones, se adentra temeroso en la oscuridad, entre los lamentos de los árboles que susurran su inevitable condena en el silencio de la noche. Los murciélagos lo esquivan cazando y dibujando sombras en la penumbra, mientras las luciérnagas le muestran el bosque con destellos. Todo parece seguir igual a como era cuando se marchó, pero se equivoca. No encuentra a ninguno de sus antiguos hermanos por ningún lugar y, además, vislumbra una extraña construcción que emerge de entre la penumbra, hecha con los troncos de árboles muertos y en su interior una extraña luz roja que palpita como si danzara, como si viviera.

Se acerca a un agujero con una extraña forma cuadrada esculpida en una pared, cubierto con una delgada roca traslúcida que deja ver el interior de aquella construcción. Ahí, descubre que no hay nadie en ella, sólo esa extraña luz que baila en su interior. Continúa observando y una terrible imagen se materializa

ante él. El zorro, o más bien su piel, junto con la del lobo, tendidas sobre otras extrañas construcciones de madera, inertes, sin vida, y sobre ellas como un trofeo adornando a la extraña luz, la figura del búho, petrificada y con la mirada clavada en la nada.

De repente escucha un ruido, pero permanece inmóvil ante aquella imagen trágica. Un trueno en la noche despejada estalla y un dolor agudo se instala en su pecho, como si un rayo lo alcanzara. Se siente desfallecer y poco a poco se le nubla la mirada.

Despierta al alba, y desconcertado levanta el vuelo, atraviesa las tupidas ramas de los árboles tan deprisa que parece no tocarlas; de pronto cae en la cuenta de que no siente el viento, ni el calor del sol o la herida en su pecho, ya no siente nada. Confuso, regresa a aquel lugar y se descubre a sí mismo, tendido en un charco carmesí con un agujero en el pecho, y entonces lo entiende... humanos. Entraron a la ciudad, acabaron con sus hermanos, con los árboles, y ahora, también con él.

Lleno de rabia, miedo y tristeza comienza a desvanecerse con las luces del amanecer, llevado por el viento como el polen de una flor, recordando antes de

desaparecer, su fatal destino: renacer como humano. Decidido y movido por la fuerza indomable de su espíritu elige desaparecer por completo, demostrando que su voluntad es más fuerte que cualquier maldición, pues si al volverse humano también matará árboles y a sus hermanos animales, prefiere simplemente ser polvo; ser libre; ser viento.

Plumas de Cuervo

Dicen que un buen lector que en promedio viva 80 años podrá leer aproximadamente 5000 libros a lo largo de su vida. Demasiado pocos tomando en cuenta la cantidad de libros que se escriben y publican todos los días y muy poco tiempo para encontrar ese libro ideal que muchos buscan y pocos encuentran.

Antes de que aquel extraño fenómeno ocurriera, yo no estaba ni remotamente cerca de ser un lector modelo, ni siquiera uno promedio; a mí los libros me parecían en verdad algo tedioso. Tener que pasar horas clavado entre páginas que en muchas ocasiones estaban llenas de letras sin fin, sin ninguna imagen que me ayudara a concentrarme, era lo más aburrido que podría imaginar. Si de leer se trataba, yo era lo más lejano a un amante de los libros; tal era el caso que cuando tenía que hacer algún reporte sobre algún libro para el colegio, prefería buscar el resumen en Internet o si el libro tenía película, optaba por mirarla y hacer el trabajo sobre ella –aunque muchas veces obtuviera malas notas porque algunas películas son malas adaptaciones de sus libros–. Yo prefería los videojuegos o ver una buena serie de anime. Eso sí que era entretenido.

Es así como cierto día llegó una chica nueva al colegio, ¡Wow! Vaya que era linda, con tan sólo mirarla la primera vez, me dije: –esta chica tiene que ser mi novia–. No podría describirla porque sería limitar su belleza a unas simples palabras, y como diría Oscar Wilde: definir es limitarse. No puedes definir el arte en una frase y ella era el arte mismo personificado.

Desde aquel momento comencé a tratar de acercarme a ella, ser su amigo, y poco a poco ganarme su confianza y afecto. Debo decir que yo no era feo del todo y tampoco tan tonto, tenía buenas calificaciones y me defendía en los exámenes. Así, sin darme cuenta, en unos meses ya éramos mejores amigos, siempre estábamos juntos, hacíamos todo juntos y nos contábamos todo. Qué historia de amor tan perfecta como en *Romeo y Julieta*, pero pobre tonto de mí al no saber que aquella historia fue una tragedia de una semana entre dos niños que hablaban como adultos y acabaron muertos. ¡Qué maldito eres Shakespeare!

Fuera de la trágica historia, todo era perfecto, hasta que en una ocasión un profesor nos encargó de tarea final hacer un reporte sobre nuestro libro favorito, de ello dependía el 70% de nuestra calificación, teníamos un mes a partir de ese momento para entregar el reporte

que debía ser detallado, objetivo y crítico. –¡Cualquier cosa menos leer! –me dije, no tengo un libro favorito, ni siquiera había leído uno completo en mi vida ¿Qué se suponía que iba a hacer?

–Es simple, lee un libro –me dijo una voz junto a mí. En ese momento volví a la realidad, era ella, su voz tenía ese extraño poder de calmarme en cualquier situación. Era como *Black Widow* calmando a *Hulk* en *Los vengadores*. De acuerdo, mala comparación, pero así se sentía.

Decidimos ir a la biblioteca de la ciudad a encontrar mi libro favorito, qué mejor lugar para elegir un libro que allí, aunque suene demasiado obvio, pues uno no busca peces en la tierra, los busca en el mar. He olvidado decir que ella era una ávida lectora, jamás conocí a alguien que supiera más de libros que ella, a veces se la pasaba hablándome de ello y yo no entendía ni una palabra de lo que me decía, pero le ponía atención con el único fin de escuchar su voz y estar con ella.

Así es que, al llegar a la biblioteca, ella se sentía como un pez en el agua, era su hábitat natural, mientras que para mí era todo lo contrario, no sabía por dónde comenzar a buscar ese condenado libro que me hiciera

aprobar la clase. En lo primero que pensé fue en tomar el primer libro que tuviera menos de 200 páginas y que tuviera dibujitos claro e irme de ahí lo más rápido posible, pero adivinen quien no me lo permitió.

–Si vas a elegir un libro que sea tu favorito tienes que buscar bien, tienes que buscar entre los miles que hay aquí si es necesario, ese libro debe traerte felicidad, y parafraseando a Borges me dijo: Si un libro es tedioso para ti, déjalo; aunque ese libro sea famoso, antiguo o moderno, no lo leas; ese libro no ha sido escrito para ti continúa buscando y encontrarás el indicado.

Después de oír aquello que me llegó como una bofetada a lo que pretendía hacer, nos pusimos a buscar aquel libro que me trajera la felicidad, a fin de cuentas, tenía todo un mes para hacer el trabajo y si encontrar ese libro me hacía estar más tiempo con ella, yo no pondría objeción alguna.

No recuerdo cuánto tiempo estuvimos buscando, esculcando, deslizándonos entre títulos y páginas, algunos nuevos, otros no tanto. Tal vez horas, días, no lo sé, el tiempo es relativo dijo Einstein una vez, a veces pasa lento y otras muy deprisa, depende de la situación en la que nos encontremos. Me encontraba tan decidido

a encontrar mi libro que en verdad perdí la noción del tiempo. Fue así como, en mi frenética búsqueda me topé con un raro ejemplar; un libro muy voluminoso, de unas 1000 páginas, viejo y desgastado, tal vez por demasiado uso. Admito que de sólo ver su tamaño me causó un aburrimiento tremendo, pero tenía algo raro que llamó mi atención: sus páginas eran completamente negras como las plumas de un cuervo.

Jamás había visto un libro como ese, ¿Qué se suponía que leería en esa negrura? Tan absorto estaba contemplando aquel libro que no me di cuenta de cuándo ella había llegado a mi lado.

–¿Por fin encontraste algún libro que te llame la atención? –me dijo.

–Creo que sí, pero no tiene nada escrito en él, todas sus páginas son negras ¿Habías visto algo así antes? –le pregunté mostrándole el libro negro.

–Mmm, déjame ver –me quitó el libro de las manos y analizándolo como toda una experta me dijo: –

–¿Qué raro, nunca había visto un libro así, a lo mejor es la broma de alguien que pintó todas las páginas de negro y ha dañado un buen libro, que por lo visto es

bastante viejo.

Pensé en lo mismo cuando me lo devolvía. Al sujetarlo con una sola mano no calculé bien el peso de éste y fue a dar directo al piso, dejando ver algo que hasta el momento había pasado desapercibido para ambos. En la parte inferior de la última página tenía escrito con diminutas letras blancas una extraña frase en latín que decía:

Qui quaerit, invenit...
El que busca, encuentra...

¡Qué estúpido fui al leerla en voz alta! Ahí comenzó la tragedia. Las luces de la biblioteca comenzaron a parpadear y las páginas del libro a pasar una tras otra con rapidez, mientras que se tornaban de color blanco y algunas letras parecían aparecer en ellas. Y a la manera de *Jumanji* o *El retrato de Dorian Gray* en un amargo espectáculo, vi cómo ella comenzaba a desvanecerse mientras las páginas del libro perdían su oscuridad. Cómo pasaba a ser un fantasma frente a mis ojos.

Estaba aterrado, intenté tomarle la mano, pero fue en vano, mis manos la atravesaban como si fuera

agua. Noté el miedo en su voz cuando me habló, pero también una extraña sensación de seguridad, calma y convicción:

–¿Qué está pasando? ¡No me dejes, siento que te alejas, ven por mí! –y mientras decía esto, una sonrisa apareció en su rostro.

–No tengo porqué sentir miedo, sé que vendrás por mí y yo te voy a esperar –fue lo último que me dijo.

–Yo estaba temblando, casi al borde de las lágrimas, sentía tanta impotencia y sólo pude decirle:

–No sé qué hacer, pero te juro que te traeré de vuelta, yo te amo...-. No pude terminar de decirle lo que sentía, pues ella ya había desaparecido por completo. Desesperado tomé el maldito libro cuyas páginas ya eran blancas y legibles, y fue entonces cuando entendí lo que pasó. En aquellas páginas se describía una especie de ritual de búsqueda, pero con un precio muy alto que pagar. Decía lo siguiente:

Buscador del saber

Para alcanzar el conocimiento absoluto, algo de valor debe ser ofrendado. Este libro está bendecido con la luz del conocimiento y a su vez maldito con la brevedad del tiempo.

Tienes toda una vida para encontrar aquello que buscas y aquello que perdiste en las páginas de otros libros, otros mundos. Se te ha otorgado el don de viajar a esos universos con tan sólo tocarlos, pero cuidado, se prudente en tu búsqueda, el tiempo es tu mayor adversario. El objeto tomado a cambio del saber se encuentra fragmentado en las páginas de los libros cercanos a este. ¿Cuántos? Eso depende de la cantidad de estos.

Sabrás que te encuentras en el final de tu búsqueda cuando las páginas de este manuscrito se tornen negras en su totalidad, es ahí cuando tu preciado tesoro volverá a ti y tu búsqueda estará completa, pero apresúrate que el tiempo apremia.

Una última advertencia viajero, ten cuidado con los mundos que visites, pues no podrás salir de ellos hasta haber concluido la historia y si mueres en

alguno... será mejor que eso no suceda o tu vida en el mundo real se acortará un año cada vez que eso pase.

Buena suerte y recuerda: Qui quaerit, invenit.

No podía creer lo que leía, pero si todo era cierto, debería probar mis nuevos poderes y, por si fuera poco, cumplir con lo que decía y tener que entrar en los miles de libros que se hallaban en esa inmensa biblioteca; el tiempo era mi mayor obstáculo. En verdad tenía una vida entera para concluir la tarea, pero ¿Qué pasaría si no acababa con todos los libros a tiempo? ¿La perdería para siempre? ¡Jamás! Le juré ir por ella y eso es lo que iba a hacer.

El trabajo escolar ya no importaba, si iba a pasarme la vida entre libros, sería por amor. Con miedo toqué el primer libro que tenía enfrente, ni siquiera me fijé en el título, sólo quería comprobar lo que recién leí. Todo pasó tan rápido, vaya sorpresa la mía al comprobar que en efecto me había transportado a otro lugar. Ya

no estaba en aquella biblioteca; me encontraba en un paisaje rural, era extraño, no tenía idea de dónde estaba, pero más extraño aún era que viajaba sobre un rocín escuálido y a mi lado iba un sujeto bonachón sobre un burro.

El libro nunca mencionó nada de ser un personaje en la historia, quizá sea distinto en cada libro que visite. Le pregunté a mi compañero de viaje quién era y en dónde estábamos, a lo que éste, extrañado me respondió:

—¿Qué os ocurre a vuestra merced? Si hace apenas un momento salimos de La Mancha para buscar aventuras de caballeros andantes, yo soy vuestro Sancho y me ha prometido ser gobernador de una ínsula por ser vuestro escudero.

Jamás me había imaginado el tal libro en que me fui a meter: *El ingenioso Hidalgo Don Quijote de La Mancha*. Ahora todo tenía sentido, yo era Don Quijote y estaba en búsqueda de mi Dulcinea. Cuántas aventuras y martirios sufrí mientras fui el caballero de la triste figura, ser golpeado por galeotes, el caballero de la blanca luna y demás personajes en una historia fascinante que jamás me hubiera atrevido a leer. Aquí también viví mi primera muerte, nunca pensé que este

libro terminaría de aquella manera.

No sé cuánto tiempo estuve en aquel libro, pero parece que el tiempo en él no transcurre de la misma manera que en el mundo real, eso era un alivio, ya que, de ser paralelos, jamás podría concluir historias en las que transcurran años. Cuando volví al mundo real tomé el libro maldito para ver si había algún cambio en él y grande fue mi sorpresa al notar que efectivamente, una pequeña parte de la primera página se había tornado negra.

El tiempo apremia decía su advertencia y era cierto, morí una vez en El Quijote, perdí un año de mi vida, no debo perder más tiempo, debo entrar a otra historia para poder rescatarla. Con prisa tomé el segundo libro al lado del que acababa de salir. Este parecía un tanto extraño y algo lúgubre con muertos por todas partes. Era un viajero como en el anterior e iba en la carreta de un arriero, según él iba para Comala a buscar a un tal *Pedro Páramo* que era mi padre, y al parecer, también el suyo.

En el siguiente libro al que entré era un hombre frente a un pelotón de fusilamiento que recordaba cuando su padre lo llevó a conocer el hielo, era Arcadio Buendía,

observé la fundación y fin de Macondo, generación tras generación durante *Cien años de soledad*. Perdí a mi Remedios la Bella porque se la llevaron al cielo.

Para mi mala suerte en los libros que entraba siempre acababa muriendo, ya había perdido unos 4 años de mi vida y no podía darme el lujo de seguir perdiendo más, las páginas del libro maldito se iban tiñendo de negro y extrañamente iba sintiendo cada vez más curiosidad por saber lo que sucedía en esos libros. En el siguiente libro al que entré fui un ser que tenía la misión de destruir un anillo de oro con poderes malignos en un volcán en el fin del mundo, era un hobbit, Frodo Bolsón de La Comarca, estaba en *El señor de los anillos*, era el primer libro donde no moría, pero cómo sufrí con las interminables batallas, heridas y la peste de los orcos.

Después de aquello fui un doctor en Transilvania que tenía la misión de encontrar la forma de matar a un ser al que no se le podía matar, un vampiro de nombre *Drácula*, yo era el doctor Van Helsing y debía rescatar a la señora Mina Harker de las manos de aquel monstruo hematófago.

Los días pasaban y con cada historia que vivía sentía que obtenía algo que no tenía antes y que cada vez

estaba más cerca de poder traerla de vuelta. Un día fui un bastardo que prácticamente no sabía nada, pero que se convertiría en heredero de un continente lleno de muertos vivientes y seres de hielo, de dragones y guerras en todas partes; morí y fui resucitado por una bruja roja, así es, era Jon Snow y estaba jugando un peligroso *Juego de tronos*.

En otra ocasión fui un griego fuerte y obstinado en la guerra de Troya, pero con un punto débil: el talón; me habían quitado a mi Briseida y asesinado a mi compañero de armas Patroclo, lo que provocó mi cólera en contra del príncipe troyano Héctor. En esta ocasión fui Aquiles en *La Ilíada* y jamás hubiera creído que detestaría tanto a los dioses al tomar partido en las batallas de los humanos.

Después caí por el agujero de un conejo hasta un extraño lugar donde nada es lo que parece y en el que todos estaban locos, principalmente cierto sombrerero y una extraña reina con una obsesión enfermiza por cortar cabezas. Fue la primera vez que cambié de sexo, era una pequeña niña, *Alicia en el país de las maravillas*.

Una de las historias que más me marcó fue aquella en la que fui un pequeño príncipe que vivía en el asteroide

B-612, amaba a una rosa y tenía por amigos a un zorro y un aviador. Era *El principito* y las lecciones que aprendí de aquella historia fueron más contundentes de las que hubiera aprendido en la vida real.

Desperté un día en la España de Franco, en plena guerra civil siendo un autor que quería borrar todo rastro de su existencia, hasta que un chico, Daniel Sempere, se cruzara en mi camino y me hiciera caer en cuenta del error que estaba cometiendo. En aquella ocasión fui Julián Carax en *La sombra del viento*.

Además de héroes también fui villanos y eso me ha servido de lección para saber cómo no debo actuar. En una ocasión fui Pennywise el payaso, y aunque en la historia lo disfrutara, el devorar niños no es algo que quisiera hacer en la vida real; morí claro está, una vez más, pero aprendí una lección sobre la amistad y no convertirme en Eso que aterroriza usando los miedos de los niños. En otra ocasión fui *Un asesino solitario* en las calles de México buscando la manera de eliminar a un candidato a la presidencia y poder ganarme *medio melón* de dólares.

Incluso llegué a encarnar al mal supremo, fui el ángel caído tras la rebelión fallida celestial; así es, fui Satanás

en *El paraíso perdido*, y sentí su dolor y pesar de una forma muy humana, la impotencia tras su expulsión y el anhelo de querer ser venerado cual dios. No cabe duda de que es mejor reinar en el infierno que servir en el cielo.

¿Cuántos libros habré vivido ya? Los años pasan y pasan, pero no en vano. Han pasado 50 años desde entonces, desde que la perdí, cuando comenzó el viaje yo tenía 16 años, he muerto unas 15 veces y no sé cuánto tiempo me quede al final. Las páginas del libro casi se tornan de negro en su totalidad, pero temo no tener el tiempo suficiente para rescatarla.

He aprendido muchas cosas a través de los años, he sido cientos de personajes y cada uno me ha dejado una enseñanza distinta. He sido Juan Pablo Castel en *El túnel* y por fin estaba feliz de encontrar a una persona que podría entenderme. Pero fue, precisamente, la persona que maté. Fui un hechicero en un mundo de magia y seres fantásticos, donde tuve que morir y ver morir a mis amigos para poder vivir y acabar de una vez por todas con el que no debe ser nombrado, era *Harry Potter*. Viajé a Marte en *Crónicas marcianas* en distintas oleadas de humanos para colonizarlo, sólo para morir de nuevo y entender lo banales y materialistas que

somos los humanos. Incluso cometí un acto vil, quemé libros en Fahrenheit 451.

Fui el león cobarde en *El mago de Oz* buscando el valor para enfrentar mis miedos. Un hombre que se transformó en insecto una mañana, no despertando la curiosidad de nadie y muriendo como eso, como un simple insecto, fui Gregorio Samsa en *La metamorfosis*. Cientos de personajes que no terminaría de nombrar Kvothe, el chico mago, guerrero y artista con demasiada suerte en *El nombre del viento*; el Dante que recorre los círculos del infierno en *La divina comedia* buscando a Beatriz; *El cuervo* con su Nunca más reposado en el busto de Palas del poema de Poe por la pérdida de mi amada Leonor y el monstruo *Frankenstein* en la novela homónima, buscando mi razón de existir y a mi compañera ideal.

El tiempo se me agota y aún me faltan muchos libros por visitar, he estado en más del promedio de los que se dice se pueden leer en una vida, puesto que yo no los he leído, los he vivido a todos. Una parte de mí no quisiera dejar de saltar entre historias, pero la otra parte sabe que el fin no es ese, hay un motivo más grande, tengo la esperanza de verla una vez más y poder decirle aquello que no pude cuando la perdí, que le amo y que gracias

a ella he llegado a amar los libros tanto como ella los amó. Sé que un día dejaré de viajar y me reencontraré con ella en la eternidad, pues bien lo decía el libro negro: Qui quaerit, invenit –El que busca, encuentra.

